

instintivos y sobre tendencias congénitas, la crítica y la persuasión son completamente impotentes.

Turín 2 de Diciembre de 1898.

LOMBROSO.

## CAPÍTULO PRIMERO

### CAUSAS DEL ANTISEMITISMO

Contrastando con la vigorosa y universal aceptación que, en nuestros tiempos, han logrado las hermosas tendencias á la filantropía y á la fraternidad internacional, hácese sentir hoy, extendiendo rápidamente sus dominios por entre las naciones más civilizadas de Europa, el hálito de un odio salvaje, que amenaza resucitar las horribles escenas de los más luctuosos días de la Edad Media; es el hálito del antisemitismo, que ha

hallado nombre y asilo en Alemania, pero que ya se había manifestado, bajo otras denominaciones menos científicas en épocas más remotas, permaneciendo oculto en los profundos subsuelos de las naciones europeas.

Es éste un fenómeno demasiado importante para que el sociólogo no se preocupe de él, estudiando sus causas y sus remedios.

¿Cuáles son las causas más aparentes del antisemitismo?

Se ha invocado, á este propósito, la escasa afinidad de las razas, principalmente en los países en que las relaciones no han sido secundadas por los matrimonios y los intereses recíprocos. Esta causa es inadmisibile; en efecto, las divergencias más notables de raza encuéntranse entre los pueblos que se han fusionado. Puede asimismo afirmarse que ningún país de Europa deja de presentar un verdadero mosaico de razas muy variadas. En Francia vense juntas las razas céltica, vasca, latina y germánica: en Inglaterra, la céltica con la anglo-sajona y la latina.

Dícese también que el antisemitismo obedece á las excesivamente considerables riquezas de los judíos; Bebel indica como una de sus causas en Alemania, el total acaparamiento

que ellos han hecho del comercio agrícola; nosotros no vemos, sin embargo, que en análogas circunstancias, nuestros grandes propietarios agrícolas, ni los riquísimos capitalistas ingleses y americanos hayan sido víctimas de un odio instintivo tan encarnizado.

En Rusia, el judío es reemplazado en todas partes por el *Koulak* (el labrador prestamista), mirado ya con prevención en todos aquellos lugares, donde no habitan judíos rusos. Debemos consignar que no se ha adoptado medida alguna contra el *Koulak* libre de los odios populares.

No puede dudarse que el capital rústico, en su pugna con el capital industrial, se ha convertido en antisemita, porque el judío es para el propietario territorial el representante más típico y genuino del capitalismo comercial é industrial. En Alemania, los agricultores proteccionistas son hostiles á los judíos, colocados siempre en primera línea entre los libre-cambistas. Los judíos se oponen por esencia y por interés á la teoría fisiocrática, que atribuye la soberanía política á los poseedores de la tierra, defendiendo en contra de ésta, la teoría mercantil que hace del poder la apoteosis de la industria.

Es no menos cierto que la inmensa mayo-

ría de los judíos, cerca de siete octavas partes, viven en una extrema pobreza. En Rusia, Galicia, Rumanía, Servia y Turquía, su miseria es verdaderamente horrible. Siendo en su mayor contingente artesanos, padecen el actual estado de la sociedad, tanto como los asalariados cristianos. Tampoco faltan entre los proletarios más desheredados. En Londres, en esa compacta población judía del East-End, formada por emigrados poloneses, los jornaleros judíos ocupados en los talleres de confección trabajan doce horas diariamente, ganando por término medio 62 céntimos por hora; empero los más vacan tres días cada semana, otra parte no trabaja más que dos ó tres días, y en todo tiempo, de diez á quince mil judíos, faltos de ocupación, perecen de hambre, en la gran ciudad británica, en medio de la más angustiada penuria. En New-York, viven doscientos mil judíos, de los cuales muchos estaban sujetos, antes de la fundación de la *Union des Tailleurs*, á veinte horas diarias de trabajo, lucrando un jornal de cinco á seis dollars por semana; después, aun cuando su salario no ha recibido aumento, ha sido en cambio reducida la jornada á diez y ocho horas, y en algunos establecimientos,

á diez y seis (1). En Rusia, su situación es más crítica. En Vilna, los judíos ocupados en las manufacturas de hilaturas inferiores ganan cuarenta kopeks (2), por jornada de catorce horas de trabajo; cincuenta kopeks es el salario medio de los hombres en todas las industrias, por jornadas que varían entre catorce y veinte horas; la inmensa mayoría de los obreros residenciados en las ciudades del territorio no encuentran donde emplearse (3). En Galicia, la situación del pueblo obrero no es mejor; otro tanto acontece en Rumanía.

Se ha exagerado, pues, en mucho la riqueza del judío.

«Existen numerosos judíos ricos en casi todas las poblaciones europeas; la mayor parte de este pueblo ha sido, no obstante, siempre pobre y continúa siéndolo hoy, ha escrito Mac-Culloch (*Principe d'économie politique*, pág. 17, 18). Kossuth ha consignado en una carta dirigida contra el antisemitismo al diputado Mezey: «El progreso de los

(1) Miss I. Van Etten: Los judíos rusos considerados como inmigrados. (*The Forum* núm. de Abril de 1893).

(2) El kopek vale cuatro céntimos.

(3) LÉO ERRERA. *Les Juifs Russes*.

judíos en Hungría, depende de su actividad y de su espíritu económico; no son los judíos la causa del atraso general, sino aquellos que imbuídos de prejuicios no pueden rivalizar con ellos. Yo recuerdo, á este propósito, á los Maggiars: no hay un solo judío entre los cresos americanos, porque el judío no puede competir con el americano.»

Bernardo-Lázaro sostiene que la causa principal del antisemitismo es el exclusivismo de los judíos, fomentado por la ley antigua y por el Talmud.

Según él, «la fidelidad de Israel á su ley fué una de las primitivas causas de su reprobación».

«Es indudable que, si los israelitas practican todavía hoy el mosaismo puro, no hubieran podido, en un momento determinado de su historia, modificar este mosaismo de tal manera que no subsistieran más que sus preceptos religiosos ó metafísicos». Una cosa impedía esta fusión: la preponderancia de los doctores avalorada por razones de patriotismo.

«Cuando la nacionalidad judía se hallaba en peligro, vióse, bajo Juan Hircán, á los fariseos declarar impuros los territorios de los pueblos extranjeros, é impuras tam-

bién las relaciones entre judíos y griegos».

«Si estas prescripciones hubieran perdido su autoridad, cuando desaparecieron las causas que las habían motivado, y en cierto modo justificado, el mal no alcanzara tan grandes proporciones; más se las ha resucitado en el Talmud, sancionadas nuevamente por la autoridad de los doctores».

«Los doctores exaltaron su ley, sobre todas las cosas, para mantener al pueblo de Dios, al abrigo de las influencias malignas. Declararon á este fin, que sólo su estudio debía alegrar al Israelita, y, como la vida entera apenas basta para conocer y profundizar todas las sutilezas y la casuística de esta ley, prohibieron consagrarse al estudio de las ciencias profanas y de las lenguas extranjeras». «No son bien quistos entre nosotros, los que aprenden muchos idiomas», decía ya en su tiempo Josefo; no sólo son desestimados, además se les excomulga».

«Otra causa de exclusivismo ha sido el indomable patriotismo de Israel» (Bernardo-Lázaro).

«Todos los pueblos se han visto combatidos en sus propios originarios territorios. Vencidos, condenados al destierro y á la esclavitud, permanecieron fieles al recuerdo

de la patria perdida; ninguno empero tan exaltadamente patriota como el judío... Jerusalén era la ciudad del templo único, el solo lugar del mundo donde podía adorarse eficazmente á Dios y ofrecerle sacrificios. Tarde, muy tarde, eleváronse otras mansiones piadosas, en diversas poblaciones de Judea y de Grecia».

Ellos alejábanse de los hombres por sus ritos y sus costumbres: tenían por impuro el suelo de los pueblos extranjeros, procurando por eso en cada ciudad adjudicarse una especie de territorio sagrado. Habitaban aparte, en cuarteles especiales, no tratándose con los extraños, viviendo aislados, y administrándose en virtud de privilegios, cuyos celosos mantenedores eran y que excitaban la envidia de todos sus vecinos. Elegían sus mujeres entre las judías y á nadie recibían, temiendo ser afrentados. Ahora bien, obsérvese un exclusivismo análogo, acaso más radical, entre los persas, brahmanes, mahometanos y chinos, sin que él haya suscitado contra ellos una especial aversión; por lo demás, los judíos poseían florecientes colonias en Roma (20.000 en tiempo de Tiberio), Alejandría, China y en la India, antes y después de formado el Talmud.

No existe un lugar del Universo, escribe Strabon, que no haya albergado á esta raza. Antes de la Edad Media estaban ellos alejados de Jerusalén; así cuando Juliano el Apóstata, que había abolido las leyes restrictivas de Constantino y de Constancio, contra los judíos, quiso reconstruir el templo de Jerusalén, las comunidades israelitas extranjeras permanecieron sordas al llamamiento imperial: habíanse desentendido de la causa nacional, contribuyendo muy mucho á su retraimiento la diseminación de los judíos, que los obligaba á una ayuda mutua. Si su exclusivismo llevaba á los judíos hasta denegar, durante largo tiempo como los mahometanos hubieron de hacerlo respecto del Coran, todo libro que no fuese la Biblia, toda lengua ajena á la hebraica, y si aún en tiempos muy próximos á los nuestros, era un crimen en Polonia y Alemania leer libros alemanes, no se sintieron por eso menos influidos por la evolución é impulsados á romper el círculo fatal que estorbaba su progreso; ellos llegaron, en breve tiempo, hasta el exceso opuesto: nadie dudará de esta aseveración, sabiendo que fueron los propagadores del Averroismo, doctrina que representaba por aquel entonces el grado más radical de

la evolución y aún de la revolución del pensamiento y del ateísmo; los judíos aportaron igualmente, los primeros en Alemania, los gérmenes del socialismo, del que son hoy los más entusiastas y fervorosos apóstoles. Su exclusivismo sólo fué por consiguiente temporal; también pudiera afirmarse que retrogradaron durante algún tiempo, para luego avanzar mejor é ir más lejos que los otros pueblos.

No puede invocarse tampoco como razón suficiente del odio antisemítico, la diferencia de culto, apenas considerada en los tiempos modernos. ¿Es que el budhista, el mahometano, suscitan en nosotros sentimientos de antipatía?

Creo que necesitamos remontarnos para esto á dos causas mucho más influyentes, ambas atávicas y por consiguiente preponderantes.

La primera proviene del secreto placer que todo hombre experimenta en creerse superior á los otros; sentimiento que aumenta naturalmente haciéndose nacional, porque aparece desligado de toda vanidad personal, exagerándose con la imitación.

Esta causa explicanós precisamente el odio entre los Poloneses y los Rusos: aunque es-

lavos, unos y otros, el vencedor se complace en hacer sentir su dominación al vencido, terminando por creerse de otra sangre; es suficiente para comprender esto, leer lo que el Brahman piensa del Coudra, cuyo contacto le parece infamante y lo que los sabios ingleses escribían, anteriormente á Gladstone, de los Irlandeses, á quienes reputaban imperfectibles. Los desprecios reaccionan naturalmente, á su vez, contra sentimientos tan injustos; de esta suerte se enconan y acentúan las aversiones.

La segunda causa se refiere á la «extratificación mnemónica». Uno de sus gérmenes fué el odio concebido por los Romanos contra el pueblo que osaba resistirlos, y que, con el Cristianismo, suscitó contra ellos, una verdadera revancha política. Este sentimiento de odio acreció formidablemente en la Edad Media, cuando la casta clerical constituida en maestra del espíritu europeo, le erigió en un deber y en un rito.

«Vislumbrábase ya el antisemitismo en las sediciones de las grandes ciudades antiguas contra los judíos. Esos motines dirigiáanse, en Roma, Antioquía y Alejandría, más contra el extranjero que contra la raza, y sobre todo, la plebe griega y romana mejor

atacaban á los usos y costumbres diferentes, que á los enemigos de los verdaderos dioses. Otro tanto sucedió entre los escritores clásicos: el profesor Mr. Von Treitschke figura en el numeroso catálogo de los detractores de ilustres antepasados judíos. Juvenal y Tácito, (1) ocupándose del sábado y de la circuncisión, inquietábanse, ya en su tiempo, «por la judaización de la sociedad antigua.» (Leroy-Beaulieu, *ob. cit.*)

Interviene en este punto otro elemento, que no por ser secreto, ha sido menos influyente: el Vaticano, y por idénticas razones, el santo Sínodo; los hijos de la sociedad antigua, enemigos del progreso moderno, veían en el Hebreo, el representante de la revolución, el que lucraba las mejores ventajas, el primero en todos los movimientos reformadores: odiábanle por todas estas razones, así como por su fidelidad á las tradiciones de sus mayores.

La Iglesia Romana fué, durante la reacción dogmática y teológica que siguió á la Reforma, la única autoridad, que persiguió sistemáticamente el judaismo. Paulo IV puso en vigor las antiguas leyes canónicas, man-

(1) Tácito, *Hist.* vol. V. Juvenal XIV, p. 100.

dando quemar á los «Marranos,» y Pío V, después de haber publicado su Constitución contra los judíos, los expulsó de sus Estados, excepto de Roma y Anconia, mientras que los españoles, conforme dilataban sus conquistas en Italia, los arrojaban de Nápoles, Génova y Milan.

«La Iglesia intervenía algunas veces en favor de los judíos, cuando estos luchaban con los odios de las muchedumbres, manteniendo esos rencores y suministrándoles nuevas fuerzas para combatir el judaismo: ella no lo impugnaba sin embargo por iguales motivos.

»Fiel á sus principios, perseguía el espíritu judío bajo todas sus formas. Alentando la realización de su concepto de los Estados cristianos, dirigidos y dominados por el papado, la Iglesia tendía á reducir todos los elementos hostiles á sus propósitos; ella inspiró, acordándose con sus planes, la violenta reacción de Europa contra los árabes y la lucha de las naciones europeas contra el mahometismo, sucesos á la vez político y religioso.

»El peligro musulmán era solamente un peligro externo; la Iglesia reputaba más graves los peligros interiores que amenaza-

ban minar la constitución de los dogmas. Conforme aumentaba su poder, y á medida que lograba su máximum de catolicidad, anatematizaba con mayor vigor la herejía... Todos estos procedimientos eclesiásticos avivaron los sentimientos antijudaicos de los reyes y los pueblos; ellos fueron las causas generatrices de un especial estado de espíritu, que acentuaron para los reyes los motivos políticos, y para los pueblos los motivos sociales. La Iglesia propagó así el antijudaísmo, no librándose de éste clase alguna de la sociedad, porque todas las esferas de ésta hallábanse más ó menos sometidas á la Iglesia, é inspiradas por sus doctrinas; todos debían ó creían deber perjuriar á los judíos. Los nobles sentíanse ofendidos por sus riquezas; los proletarios, los artistas y los campesinos, el pueblo en una palabra, irritados por sus usuras. La Iglesia incitó á los reyes á adoptar contra ellos medidas restrictivas, marcándoles además con signos afrentosos.

»No bastaba vejarles, expulsarles, como lo hicieron Eduardo I en Inglaterra (1287), Felipe IV y Carlos IV en Francia (1306 y 1394), Fernando el Católico en España (1492); se les degollaba cruelmente en todas partes.

»Cuando los cruzados marcharon á rescatar el Santo Sepulcro, preparáronse á la guerra santa con la inmólación de judíos en holocausto á la divinidad airada; siempre que las exacciones, la miseria, el hambre, las calamidades, en fin, afligían á los pueblos, éstos vengábanse en los judíos á quienes trataban como víctimas expiatorias. «¿Para qué ir á combatir musulmanes, gritaba Pedro de Cluny, teniendo entre nosotros á los judíos, peores que los sarracenos?»

«¿Qué hacer contra la epidemia, sino asesinar á los judíos, que conspiran con los leprosos para emponzoñar las fuentes? Así se les extermina en York, Londres, España, á instigación de San Vicente Ferrer, en Italia por las predicaciones de Juan Capistrano, en Polonia, Bohemia, Francia, Moravia y Austria. Se les abrasa en Estrasburgo, Maguncia y Troyes; en España, millares de ellos perecen en la hoguera; en otras partes ábreseles el vientre á fuerza de golpes de horquilla y de guadaña ó se les aplasta como perros» (Bernardo-Lázaro).

El *affaire* Dreyffus nos ha descubierto que el Vaticano, ó cuando menos los jesuitas no han olvidado sus antiguas mañas, no renun-



ciando medio alguno, por triste que fuese, aún los del antisemitismo, del que no desconocían, quedaban restos en el pueblo, para aprisionar á Francia entre sus manos, para verificar la antítesis del 89, después de haber preparado el terreno en las clases, no diré más ilustradas, pero sí mejor acomodadas, con sus contrafiguras de los Diderot y los Voltaire, con los Brantetiere, los Proal, etcétera. Inventaron, hace dos siglos, los crímenes de hechicería y de antropofagia pascual; en la nación vecina, agitada por las emociones patrióticas, valieron contra los hebreos y los liberales del arma más eficaz del patriotismo, la traición.

Francia, una de las últimas naciones en el movimiento antisemita, aunque pareció que, en cierto momento, se ponía luego á su cabeza, ofrece un ejemplo sorprendente de la complejidad de las causas generatrices de ese estado que pudiéramos dehominar psicopatía del antisemitismo epidémico.

Estas causas pueden ser relacionadas aquí á ciertas agrupaciones:

Figura desde luego en primer término, la que hemos señalado como común á todos los países: la envidia excitada por la riqueza ostensible de algunos judíos.

No llegan á 100.000, y ocupan en Francia un gran lugar en los parlamentos, en la administración civil y en la armada, en cuyas instituciones aspiran á obtener los grados que merecen su intelectualidad y sus esfuerzos; de aquí el *grito* de los envidiosos jurídicamente relegados, que claman que Francia está acaparada por ellos; he aquí las verdaderas causas de la envidia.

Otro orden de causas refiérese á las quiebras sucesivas de estos últimos años en Francia (*Unión Générale, Comptoir d'Escompte, Dépôts et Comptes courants*, etc.) En fin, la quiebra nacional del Panamá, con los nombres de Hertz, Reinach y Arton ha colmado la exasperación de miríadas de insignificantes gentes comprometidas en la gran catástrofe económica.

Todas estas estafas bancarias tan imputables eran en el fondo á los judíos como á los cristianos; más en ninguna de ellas leíanse otros nombres que los suyos, porque sabido de todos es, que las cuestiones financieras constituyen su elemento de acción más frecuente; se ha culpado de todo á los judíos, aún cuando los cristianos, diez veces más numerosos, debieran compartir con ellos las responsabilidades.

La libertad de prensa, permitiendo la publicación de un periodismo intérlope, ha servido á los adversarios fanáticos para concitar sobre ellos el odio público, porque el clericalismo de los papistas y de los jesuitas no habría de perdonarles nunca su adhesión en masa á la libertad de conciencia y el apoyo, merced al cual, según ellos, la francmasonería hubiera sido capaz de lograr una laicización aborrecible. Los decretos del artículo séptimo que necesariamente suscribirían, no eran más que la ampliación explicativa de la máxima del tribuno semita Gambetta, cuando osó gritar para que se atajaran los avances del clericalismo. Así se estableció, por la reacción, una campaña contra los judíos, tramándose la resistencia obscurantista que terminaría con el escándalo de un proceso fracasado de alta traición, en el cual se pensaba ejecutar, en efigie, todo el semitismo (1).

(1) Estas consideraciones etiológicas, deducidas de mi método antropológico, acaban de recibir una consagración inesperada por la pluma de uno de mis adversarios más irreductibles sobre el terreno de la antropología. (Congresos de Bruselas y Génova). El senador Mr. J. Zakrewski las ha expuesto y desarrollado,

En Argel, los partidarios más rabiosos del antisemitismo aducen además como causas de éste, las influencias climatéricas y la excitación latente de tres millones de musulmanes airados contra 50.000 judíos, favorecidos por la ley Crémieux. (Crémieux era otro semita, enviado de Gambetta). La sangrienta represión del primer levantamiento consecutivo (1871) ha duplicado estos odios, que se encargaron de atizar más la prensa y la agitación política local.

Adviértese pues, por todos estos ejemplos que no hay para qué extrañar la unión de las naciones europeas en una persecución que, además de satisfacer á la vez el doble fin de gozar haciendo mal y amargar el disfrute de las riquezas adquiridas, es considerada como una obra piadosa; compréndese por otra parte que los caracteres de un odio tan feroz se hayan tornado tanto más tenaces y activos cuanto son más inconsciente-

siguiendo un método absolutamente diferente, en una serie de artículos publicados en *Nouvstí* en los días 6 y 7 de Diciembre de 1898. Este escritor dudó lógico es suponerlo, aceptar como seguros mis procedimientos; su adhesión á mis conclusiones es la más pujante demostración de su validez.

mente transmitidos á los descendientes de los antiguos perseguidores.

Añádase á esto, en cierto país, el aislamiento de la vivienda, el contraste de las costumbres, de la alimentación y del lenguaje y la concurrencia comercial. Todas estas causas fomentan las envidias y aumentan las diferencias reales ó aparentes, haciendo el envilecimiento de los judíos, deseable y útil á los particulares, cuando no á la nación. Ocasión tendremos de examinar la epidemia psíquica que difunde y multiplica los odios y las leyendas.

## CAPÍTULO II

### DEFECTOS DE LOS JUDÍOS

Imposible negar que las persecuciones sufridas por los judíos, no han sido, en cierto modo, motivadas por su mismo carácter.

Nunca les han faltado inteligencia y astucia. No, muy al contrario. Empero el hábito continuo de dedicarse durante tantos años al comercio, desarrolló en ellos esas corrientes de maulería y falacias y algo de la energía muscular, que observamos comunmente en todos los comerciantes; el pueblo al advertir estas facultades tan preponderantes entre los judíos, no se cuidó de no